

Muchas personas me han ayudado en mi viaje espiritual—Moisés, Elías, y por supuesto Jesús mismo. A todos ellos les estoy agradecido. Uno de ellos es Agustín de Hipona, o como usualmente nos referimos a él, «San Agustín». Cuando menciono mi deuda de gratitud con él, de vez en cuando, una persona dirá, «Oh, recuerdo leer sus *Confesiones*». Y casi inmediatamente tengo que decir, «Esta es una de sus obras que no he leído». Pero he leído su *Sobre la Doctrina Cristiana*, *La Ciudad de Dios*, y muchos otros libros, panfletos, cartas, y sermones. Algunas de sus declaraciones tienen una forma de fijación en mi cerebro. Uno de aquellos es, «Algo que usted ame demasiado dimitir, usted ama demasiado».

Nunca olvidaré un tiempo cuando esa declaración me atormentaba. Poco más de treinta y un años atrás, después de graduarse de la universidad, mi hija mayor comenzó a enseñar inglés como segundo idioma en una escuela de misión en Gabón, en África. Ya una franciscana secular, ella creía que Dios estaba llamándola a convertirse en una hermana en una orden religiosa. En esos días el correo era muy lento y por lo tanto ella escribía en un diario y lo enviaba en plazos como su forma de mantenerse en contacto con nosotros. Huelga decir que nosotros esperamos esos plazos, y llegaban regularmente.

Entonces en uno de esos plazos, ella escribió, «Estoy bien, pero un hombre trató de violarme. Uno de los soldados estacionados aquí me oyó gritar y me rescató». Y luego ella siguió contando sobre sus actividades diarias.

Cuando después esperamos escuchar de ella, nada vino. Esperamos. Todavía no había correo de nuestra hija. Y recordé, «Algo que usted ame demasiado dimitir, usted ama demasiado». Creo que ustedes se imaginan lo que nosotros, o por lo menos yo, comenzamos a pensar: «Oh, querido Dios, ¿volvió el violador? ¿Por qué nosotros no hemos escuchado de ella?» Y yo seguí recordando, «Algo que usted ame demasiado dimitir, usted ama demasiado». Después de tres o cuatro semanas agonizantes (que parecía una eternidad), vine aquí a la iglesia. Fui a las velas votivas en la iglesia grande y, cuando encendí una, oré algo como esto:

Querido Dios, por favor deja que mi hija esté segura. Ella tiene tanto para ofrecerte, y ella está abierta a su orientación. Querido Señor, no entiendo cómo podría querer tomar mi hija cuando ella quiere darse a sí misma en el servicio a usted y a su gente aquí en este mundo. . . . Pero, Padre, yo sé que tú sabes mejor, y así yo la coloco en sus manos.

Cuando terminé mi oración, siempre recordaré el peso, el dolor, que fue levantado de mi pecho. Yo no sé cómo habría respondido si, como yo temía, mi hija había sido violada y asesinada, pero en ese momento me sentí libre.

Mi esposa me dice que tengo que decirles inmediatamente por qué no escuchamos de ella. Ella había ido a la selva para enseñar la Escuela Bíblica de Vacaciones y no sabía hasta que llegó allí que el área no tenía ninguna entrega de correo.

Confío en que ustedes entienden por qué les digo acerca de este momento angustioso en mi vida. Abraham tuvo una experiencia similar, o quizás debo decir que tuve una experiencia similar a la de Abraham. ¿Cómo es que la Iglesia nos da esta lectura y el Evangelio de la Transfiguración hoy?

Tan a menudo durante la Cuaresma dejamos algo. Puede ser postres, o chocolate o alcohol o T.V. y tal vez damos algo de dinero a una organización de benéfica, o tal vez participamos en estudio y oración. Estos, por supuesto, son cosas buenas, a condición que entendemos por qué lo hacemos. «Dejamos algo» para no castigarnos, sino para reducir nuestra dependencia sobre, o incluso nuestra adicción a, las muchas cosas buenas que Dios nos da en nuestra vida, de modo que no seamos demasiado distraídos por ellas. Nos liberamos de su tiranía potencial. Verdaderamente «Algo que [amamos] demasiado dimitir, [amamos] demasiado».

¿Pero, para hacer qué? Les sugiero a ustedes que una de las razones más importantes es para que podamos hacer lo que la voz de la nube dijo, después de la afirmación, «Este es mi Hijo amado

. . .». Entonces él dijo, «Escúchenlo». Dios no quiso tomar a Isaac, el hijo de Abraham, o a mi hija, Joy, pero quiso que Abraham y yo confiáramos en él absolutamente. Esto es lo que quiere de todos nosotros. Él quiere que dejemos de hablar (y mi esposa dice que debo tomar mis propios consejos), dejemos de hablar y comencemos a escuchar, realmente escuchar. Para hacer esto, necesitamos dejar aquellas cosas que nos distraen así que no podemos escuchar las necesidades de aquellos alrededor de nosotros. Que Dios nos da un corazón abierto, los oídos escuchar, y la fe para obedecer su voz.